

EL MENORQUIN

Organo de los hijos de Menorca residentes en el Plata

Director:

ANTONIO CURSACH

Calle TUCUMAN, 1600

Administrador:

A. CURSACH PONS

NAUFREG

*Tornava el dia,
banyant les rocas
de llum venguda
desde llevant.*

*Las velas blancas,
prop de la costa;
balensetjava
furiosa mar.*

*La gent d'en terra,
sempre fainera,
del camp cuidava
le gran verdor.*

*Prop de las casas,
contents, parlavan
la pageseta i el llaurador.*

*Sens fe ni forsa,
camina un home
de la perduda
francesa nau:
té trist lo rostre,
el cos sens roba,
i els peus, fets llagas,
destilan sang.....*

*Deixant las penyas,
i en terra franca,
para, i contempla,
de goix ensés,
una llunyana
caseta blanca,
honrat sagrari
del bon pages.
Va cap a ella,
i el cant escolta*

*d'aquellas onas
que dihent ¡Mort!*

*Cansat, reposa,
de dol; jamega.....*

*i uns cans que lladran
donan report.*

*Rebut el naufrag,
no pot comprendre
lo dols llenguatge
del campesi,*

*qu'el plor aixuga
i el cos calenta,
i el porte el poble,
caritatiu.*

*Se avisa el consul
amb gran prestesa,
mentres personas
de molt bon cor
del naufrag cuidan
varias feridas,
donant auxili de germanor.*

*Las mans de blanca
monja pacienta,
despues, animant
al naufragat
amb gran creencia
i caritativa,
vel-la sos somnis
de molt bon grat.*

*Passats alguns mesos
s'embarca el naufrag
de la perduda
francesa nau;*

Minorque

(Véanse las páginas 88 y 89 de EL MENORQUIN)

SE HA DESMONTADO, piedra a piedra, toda la superficie, no solamente en las inmediaciones de Mahón, sino, puede decirse, en casi toda la isla, formándose con ese material innúmeros paredones, de uno a dos metros de altura, que son, a la vez, despejo y protección. Los vientos, y, sobre todo, los de tramontana, tan frecuentes como duraderos, infiltran frío mortal a las plantas. En las comarcas horizontales los mismos troncos del boj y del olivo silvestre no se elevan rectamente más que hasta la altura de esas paredes, puesto que, llegados a tal nivel, son encorvados e impelidos, cual masas oblongas que inclinan su deformidad hacia el sur.

Heyá poca terra, emperò es bona. dicen los campesinos de Menorca.

Es una tierra de decalcificación de calcáreo. Tierra rica, en efecto, rojiza, ferruginosa, que se aloja, con espesores muy irregulares, en los surcos y en las hendiduras de la rocosa superficie.

Ella es el Bien por excelencia.

Es ella la que hace germinar el trigo y la avena, la vid y las higueras. Se la trata con celoso cariño.

En el distrito de Mahón, entre la capital y la bonita población de San Luis, sobre reducidos solares, todavía cercados, van a edificarse algunas mansiones: el primer trabajo consiste en raspar los saledizos calcáreos, para aprovechar todas las partículas de tierra vegetal. Yo he visto limpiar, con un pequeño azadón retorcido, todas las asperezas de la piedra, cual podriase limpiar los fósiles mas preciosos para recoger, hasta con las manos mismas, escamocho a escamocho, todas las sobras del festín.

En la otra extremidad de la isla, en las cercanías de Ciudadela, la comarca es aún más pedregosa, más magra, más pelada. Es, por consiguiente, siempre entre espesos paredones y peñascos salientes, que se siembran y cosechan los altos y buenos trigos.

*solet retorna
cap a la terra
ahont esperan
els sers aimats.
Desfán amarras,
alssan cadenas;
sona sirena,
cria sa gent;
la nau ja corra;
deixa voreras
cercant el rumbo
del continent.
De damunt proa,
sos ulls contemplan*

*alssats al aire
moquedós blancs:
son els saludos
de amigs que quedan
a sa Farola
i San Nicolau.
Mentras la barca
corra lleugera,
li cauen llàgrimas...
el cor li bat...
i diu paraulas
de despedida
a aquella terra
de caritat:*

*Illa agradable, qu'el cor cautiva,
jardi qu'estiman els habitants:
¡Adeu; Menorca, caritativa,
brassol i hostatje de navegants!*

G JILLERMO CAVALLER

Córdoba Febrero de 1920

¿Dónde se pueden ver esas especialidades tan paradójales de cultivo fecundo en país seco y pobre?

Y, ¿cómo explicar esta maravilla sino mediante los antiguos procedimientos del *dry forming* mediterráneo?

Toda la parte central de Menorca, más montuosa, más accidentada, es, asimismo, la mejor favorecida: en ciertos valles, en que se ha acumulado la tierra, se puede labrar sin que la reja del arado choque con la dura piedra, siendo las colinas inmediatas pantallas que resguardan los cultivos de las arremetidas demasiado directas del viento.

Así, el principal prodigio no se realiza allí, sino sobre la periferia, donde los puertos-ciudadelas (*ciudadela* quiere decir *citadelle*) se han ins-



PUERTO DE CIUDADELA

Cañoneras de la escuadrilla francesa capitaneada por la *Cognée*.

talado necesariamente y en que la vida humana está por excelencia concentrada. Mahón, la capital actual, que reivindica la gloria cartaginesa de haber sido fundada por Magón, hermano de Aníbal; Ciudadela, la antigua capital, que guarda todavía del pasado la catedral y el obispado, son de una estructura asaz diferente a la de muchas pequeñas villas de Mallorca: desde lo alto de sus costas bravas, de unos veinte metros de altura, que dominan las ensenadas inmediatas, ellas pueden ser, situadas cerca del mismo mar, puestos de defensa. Están construidas amuralladas, con abundantes casas, cerca y a lo alto de las bahías naturales que ellas resguardan. Son las verdaderas ciudades de Menorca, son las únicas: la una tiene cerca de 18.000 habitantes; la otra, casi la mitad; abarcan ambas más de las dos terceras partes de la población total de la isla. Y, por su situación, acaparan toda la vida. Poseen notable aspecto. Sus murallas se han demolido parcialmente; pero, ellas, conservan la fisonomía peculiar a las ciudades que se enorgullecen de su pasado. Entre las poblaciones, como entre los hombres, hasta en las que se encuentran en la decadencia, perdura algo como un signo visible de grandeza histórica, que es la sobrevivencia de la hereditividad y de la raza.

Blancas y limpias, todas las poblaciones de Menorca, pequeñas o grandes, hállanse compuestas de casas limpias y blancas, de una blancura brillante, propia de la cal; que no es solamente el esplendor difundido por

esa luz mediterránea que centellea lo mismo sobre el gris que el ocre, sino la albura verdadera de esa profusión de cal, que se pasa y repasa sobre las paredes, en el exterior como en el interior, y que, a las veces, en Menorca, recubre hasta los tejados. No es extraño que se haya extendido esa blancura de leche sobre la napa ondulada de las tejas, desde que todo está dispuesto para recoger con sumo cuidado toda el agua de las lluvias; y así, la que corre por encima de los tejados recalentados, como la que resbala por diminutas regueras, igualmente recalentadas, pueden guardar una excepcional pureza dentro de las cisternas.

Los hombres que han residido sobre esta tierra, donde la roca se halla a flor de la piel, o, mejor todavía, la piel se encuentra por doquiera perforada por la roca, no pudieron subsistir sino desplazando y emplazando las piedras: ellos han construido desde un principio esos paredones de piedra seca, sin cimientos, que desafían el clima y las edades, y hasta han sobrepuesto esas piedras secas sin cimiento para construir, asimismo, abrigos y monumentos. Los monumentos megalíticos, llamados *talayots*, han sido estudiados y realzados por M. Cartailhac.

Mediante hiladas de gruesos bloques, los hombres de la prehistoria, o de la primera época conocida, estaban suficientemente capacitados para edificar salas o cámaras votivas.

No es sino con verdadero placer que los geógrafos encuentran vivientes los rastros de la prehistoria. En ciertos parajes de la isla, en los alrededores de Mahón, y, sobre todo, en las inmediaciones de Ciudadela, la comarca está salpicada de monumentos pétreos, de tres o cuatro, cinco y hasta seis hileras, cuyo perfil en escalinata se descubre desde lejos por encima de rústicos paredones, como podrían esbozarse sobre el horizonte los contornos de quesos desproporcionados superpuestos y de dimensiones decrecientes a medida que se elevan. Esas construcciones encierran reducidas salas votivas, de tres a cuatro metros de altura y de cuatro a cinco de diámetro, que en la actualidad sirven únicamente para abrigo del ganado bovino o porcino. Se refugia, algunas veces, asimismo, lo que allí llaman pomposamente la *cavalleria*, compuesta de tres o cuatro asnos o mulas, y, excepcionalmente, de uno o dos caballos.

Contiguo a esas construcciones circulares, llamadas *barracas*, se levantan, también, obedeciendo a parecido fin, construcciones rectangulares, con techumbre de dos lienzos, conocidos por *ponts*: sobre largos muros laterales se colocan gruesas piedras planas, de un metro de largo y regularmente talladas, que se apoyan la una a la otra como dos cartas de un juego. El *pont* pertenece a un arte algo avanzado, por necesitarse recurrir al adecuado corte de las canaletas.

Ora se trate de *barracas*, ora de *ponts*, los muros son muy espesos: la parte inferior de las paredes de ciertas *barracas* medidas por mí no tenían menos de dos metros.

¡Cuánta acumulación de material para procurarse pequeños depósitos!
 ¡Cuánto despilfarro de piedra, que parecería asaz insensato, si precisamente la piedra no superabundase en extremo, al exceso; si el problema no estribase en amontonarlas, en apilarlas, para despejar el suelo, y si, doquiera, esos edificios, a la vez primitivos y modernos, no testimoniasen una singular adaptación de modalidades de la construcción humana en el plan geográfico! Adaptación que parece datar del origen de la instalación de los hombres y que se ha perpetuado hasta nuestros días, bajo formas variadas y reducidas, pero análogas rigurosamente; y, caso remarcable: es al Oeste de la isla que las ruinas de los *talayots* se encuentran en mayor número, como es, asimismo, en occidente donde se nota más la costumbre de levantar *barracas*, que, en verdad, merecen ser denominadas imitaciones en miniatura de tan antiguos monumentos.

Recorriendo esas dos islas (Mallorca y Menorca), donde la existencia se desenvuelve tan laboriosa, el pensamiento se retrotrae sin cesar hacia el pasado.

Todo ese ruido de azadas y azadones desmontando el terreno; todos esos golpes repetidos en las piedras apiladas, son los ecos prolongados y vibrantes de remota tradición, contrarrestada por las exigencias de la producción moderna.

¿Cómo imaginarse que pueda en la actualidad instalarse y prosperar, sobre todo en una isla tal como la de Menorca, una población de cuarenta mil habitantes? Menorca no es, en realidad, más que una meseta estéril, semejante a la del centro de la Crimea o como las del Sud del Macizo Central Francés, apropiada, solamente, para pastos y para rebaños; pero que parece rebelde a todo esfuerzo intenso de vegetación propiamente dicha. En efecto, hay allí algunos carneros, que, cuando los cuadrados de tierra y de roca rodeados de muros (*tancas* en el dialecto menorquín) se hallan en barbecho y después de la recolección de las mieses, penetran en los espacios cercados y ramoneando encuentran su subsistencia; mas, esto, es tan sólo un accesorio: lo primordial es el cultivo de cereales la siembra de árboles y de plantas, la producción de todos los vegetales que puedan contribuir a la alimentación de la existencia humana.

Seguramente, esa actividad podría emplearse de manera más proficua; pero, ¿cuál es el grupo de hombres que pueda de la noche a la mañana cambiar su forma habitual de laboriosidad? Tal medio de reservar para el porvenir las energías adquiridas es mejor que el de violentar demasiado bruscamente las modalidades del ejercicio. Cambiar rápidamente es tender a la miseria, y, algunas veces, a la pereza. Tales o cuales regiones del mundo mediterráneo nos pueden suministrar ejemplos significativos.

¡Qué crisis formidables han sido las de los pueblos que moraban en las riberas y en el centro de ese gran lago histórico!

Foco de esfuerzos magníficos y fecundos, él ha sido teatro de vicisitudes o revoluciones políticas, que ocasionaron siempre ruinas económicas, sufriendo así los contragolpes inevitables de las convulsiones financieras que tenían por escenario lejanos dominios de la tierra. Mas, los mediterráneos no han abdicado, por cierto, por doquiera — y las islas Baleares son de ello testigos — sus viejas cualidades de paciencia ingeniosa, virtudes paulatinamente adquiridas, que son la garantía del porvenir reservado a los que subsisten constantes y fuertes; siendo ellas las que encierran, asimismo, en el presente el secreto del esfuerzo bienhechor esparcido en los pueblos del globo por los inmigrantes procedentes del Mediterráneo.

No, ni las razas ni los pueblos desaparecen cuando han sido, y son, maestros en el arte de tallar la piedra y de edificar acrópolis; en el arte de ingertar y de cultivar el olivo y la viña; en el arte de la *cultura en seco* y en el arte de la irrigación.

Esos hombres no carecen de defectos, pero poseen sus facultades.

No se debe olvidar, ni desconocer, sin grave injusticia, todo lo que corresponde en la historia de nuestra civilización y todo lo que atañe, además, en la historia actual de la labor humana, a estos diligentes cuidadores de árboles, a esos perseverantes mullidores de la tierra, a esos previsores del agua, a esos hábiles acarreadores de la piedra.

JEAN BRUNHES

Profesor de Geografía Humana

Revue des Deux Mondes

Los naufragios en Menorca

PRELIMINARES

LA ISLA DE MENORCA, pese a los numerosísimos naufragios y accidentes de la navegación ocurridos en sus costas, en la del Norte principalmente, carece de bibliografía marítima propia, en cuyas páginas puédase aprender y estudiar esta faz de la vida insular. Quien algo desea saber al respecto ha de recurrir a la narración verbal del viejo marinero o a la de la anciana que arrebujadita i escaufant ets peus demunt es maridet, deixa colca vegada de contar rondayas de gegants i de draks, para relatar episodios que dejan honda sensación en el ánimo del oyente, levantando sentimientos y haciéndoles derramar más de una lágrima a la memoria de desconocidos de quienes ni el apellido se sabe, cual sus respectivas familias ignoran que reposen en el tan tormentoso como hospitalario cordón litoral de la menor de las Baleares.

Si prescindimos de las personas de entendimiento orientado que han consagrado su saber y su tiempo a la historia, la geografía, la botánica, la zoología, la geología, a los estudios arqueológicos y otras ramas de indiscutible utilidad — sin por eso dejar de pagar tributo a convencional ambiente — la generalidad de nuestros predecesores en el cultivo de las letras, por tal ambiente supeditados, se han entretenido en escribir monografías en que lo primero que nota el discreto lector son los esfuerzos de la memoria, no los frutos más o menos sazonados de la inteligencia. Se ha torturado aquélla en busca de frases altisonantes con que halagar la vanidad de la persona ensalzada y las tendencias apasionadas de sus partidarios.

¡Qué bibliografía la menorquina, si en vez de pastorales, sermones, breviarios, boletines y revistas marianas, por cierta parte, y el ensalzamiento hiperbólico de personajes reales de dudosa existencia y actuación negativa, por la otra, cuanto se ha escrito y escribe contribución fuera para una cultura superior, en cuyo advenimiento cabe confiar, dado el nacimiento y perspectivas de una literatura insular concordante con las tendencias modernas, más deseosa de apuntar defectos y señalar remedios que de silenciar deficiencias individuales o colectivas.

Retornando a nuestro punto de partida, o sea a la narración verbal, encontraremos en Ciudadela quién nos refiera sucesos asaz variados y lamentables, que por la escasez de espacio toca compendiar.

Escoltem un vell mariné o colca veyeta de bona memoria.

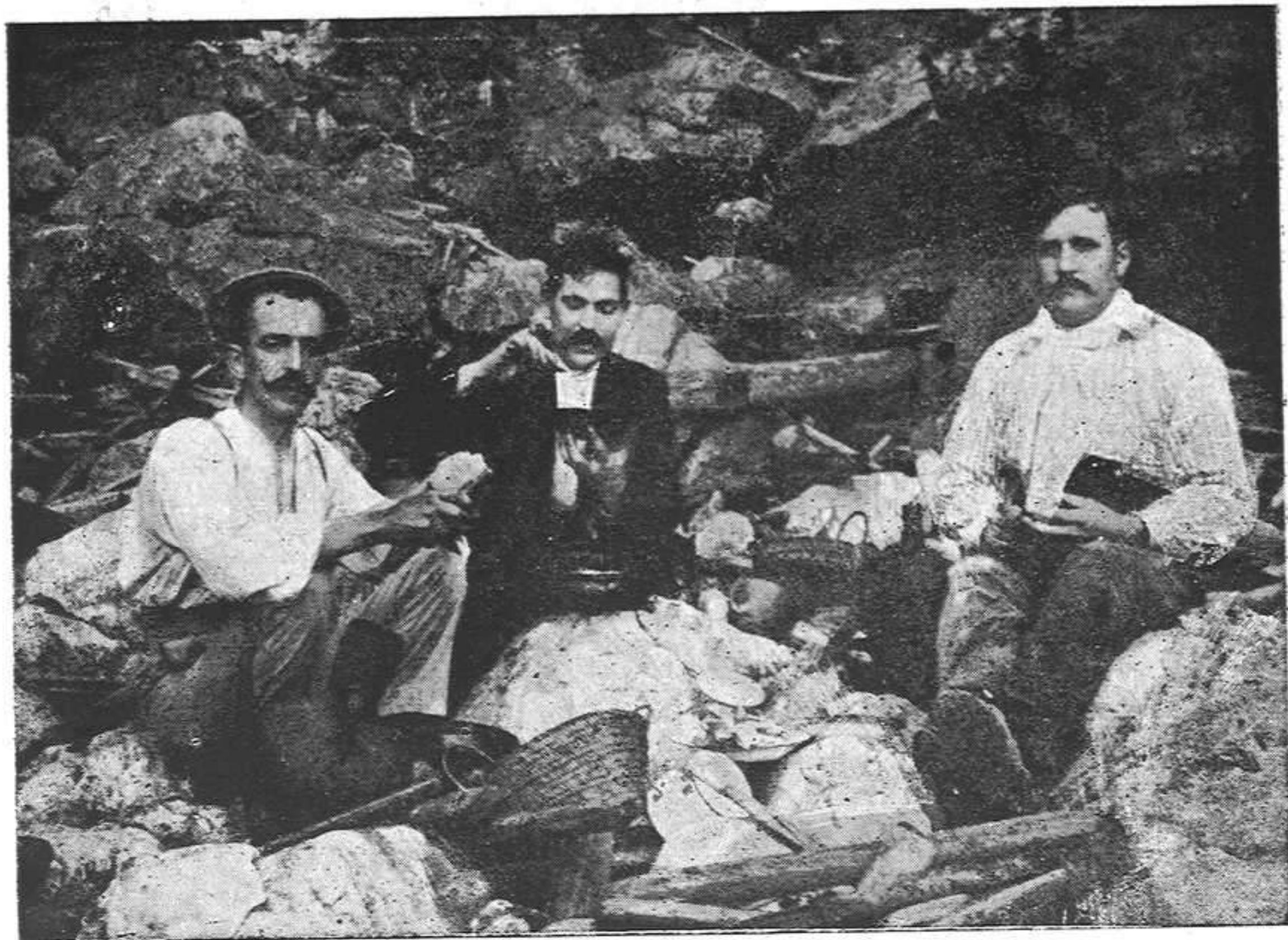
CIUDADELA

Una noche, el oleaje embravecido estrella contra los acantilados del norte un barco de procedencia extranjera. Uno de los tripulantes es arrojado a tierra por las mismas olas. Diríase que, compasivas, deseaban, cuando menos, salvar una vida. Mas al reponerse de su aturdimiento y tratar de subir por las peñas en procura de salvamento definitivo, las aguas lanzan un madero contra sus piernas, y, al ser recogido, es conducido al hospital, donde se las amputan, sufriendo los dolores propios de una cirugía rutinaria. Se había salvado a costa su validez.

Caso bien singular, por cierto, es el ocurrido a mediados de la centuria anterior en Cala Murell. Esta playa, tan frecuentada por los pescadores ciudadelanos, en especial en la temporada de la langosta, parece cerrada, vista desde el mar, por un acantilado de regular altura. Su entrada está a un costado, abierta hacia occidente. Pues bien, lanzado por encima de ese peñasco por colosal ola, un barco fué arrojado a la playa, hundiéndolo en la arena y salvándose toda la tripulación y parte del cargamento. A haberse retirado la ola cuando el barco se levantaba por encima del peñasco o a haber declinado varias brazas a babor o a estribor, se hubiera estrellado, pereciendo toda su dotación. Hemos conocido personas que han trabajado en la recuperación de los restos del naufragio y hemos visto, acompañados por pescadores, residuos de los restos sepultados en la arena, sin que terrestres ni marinos mentaran la dicción *prodigio*. Las imágenes milagrosas protectoras de los marinos, no aparecieron en el lugar del siniestro: era demasiado horrosa la noche, demasiado peligroso el paraje. ¡Hasta las deidades neptúnicas refugiadas hallábanse en lo más recóndito de sus palacios submarinos!

Otra noche, entre truenos y relámpagos, empapado por la lluvia el velamen y extenuada por el cansancio la tripulación, un barco penetra en el puerto de Ciudadela. Habíase salvado. Mas, al encontrarse frente a Cala'n-Busquets, el capitán, alucinado por el resplandor de un rayo, supone que se trata de un fondeadero, ordena algunas maniobras y la proa de la nave salta en parte sobre las rocas. ¡Qué importan algunas averías si la tripulación libre se halla de todo peligro!

Aunque los pescadores de Ciudadela pagan con harta frecuencia el tributo de la vida a las Furias insaciables del golfo de León, si el narrador es fornellense, más que contaros múltiples siniestros marítimos, os describirá los detalles que rodean a la generalidad, ya que son de un parecido tan fatalmente inconfundible, que referir uno es referirlos todos.

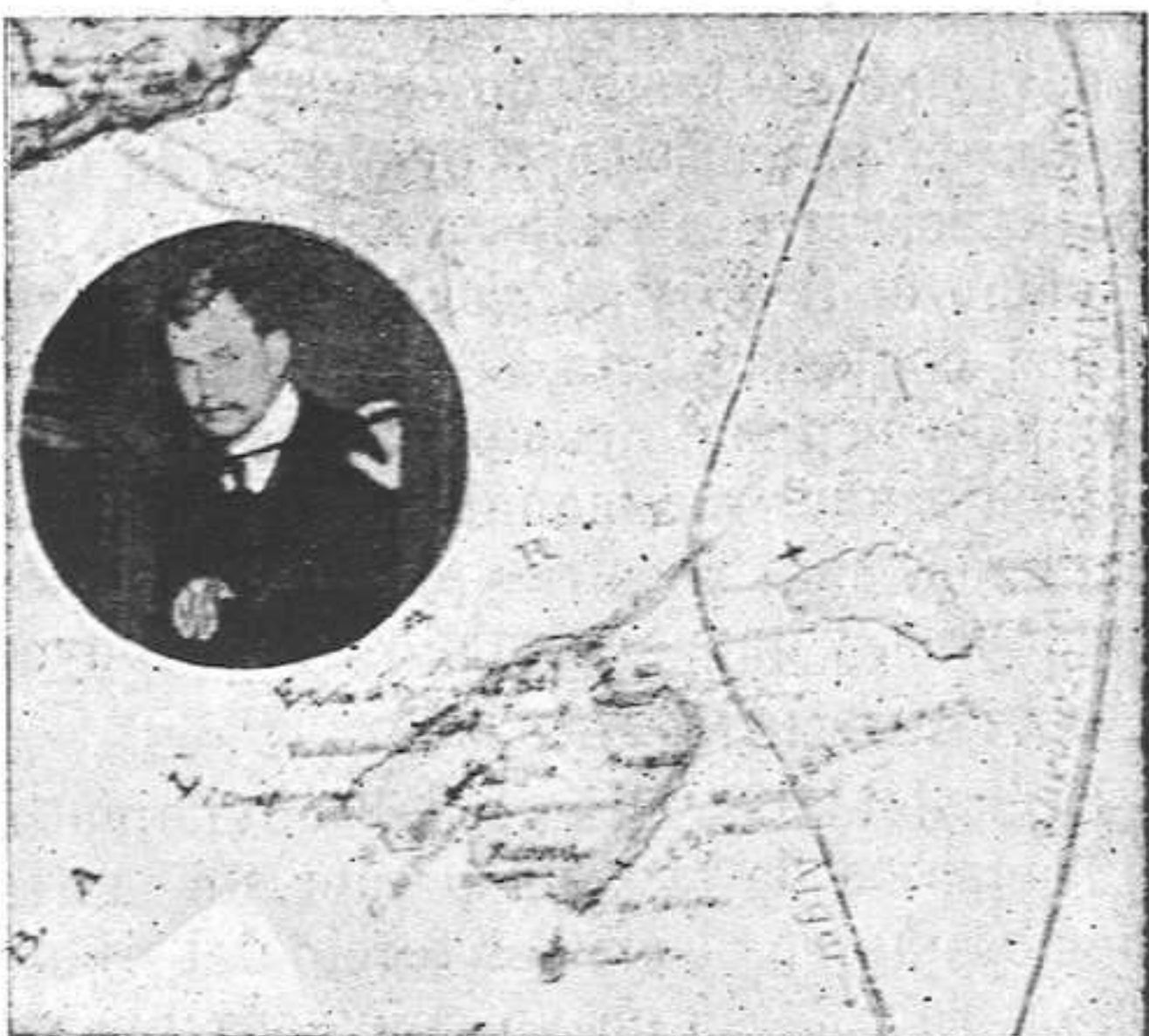


Naufragio del General Chanzy - Cueva donde se salvó el único sobreviviente
El fotógrafo de Ciudadela don Pedro Coll con los señores Jaime Bagur y Gabriel Jover

LOS PESCADORES DE FORNELLS

Sorprendidos en el golfo, ya que apenas desamarran en medio del golfo encuéntranse, pretenden afrontar la tempestad con el tan laudable como arriesgado propósito de recobrar los enseres, que son su capital, que representan su porvenir, y, con ellos, los peces prendidos en redes y anzuelos, que son para sus hogares el pan de algunos días. Empeñados en tan penosa faena, animándose los unos a los otros, por más que sus semblantes revelen la angustia que les embarga, observan cómo crece la tempestad, siendo cada vez más imponente el fragor del oleaje, la velocidad aérea, la intensidad de la lluvia y la frecuencia del fuego sideral; y, al par que a cada momento es mucho mayor el peligro que les amenaza, piensan que acrecienta el penar de los suyos, que en el muelle con ansia les esperan. Y realizado el último esfuerzo humanamente posible, con resultados más o menos positivos, hacen rumbo al puerto, cuya embocadura mira al norte, y allí, juguete de las olas, el débil falucho zozobra, el pescador, nadando vigorosamente, disputa, todavía, su vida a las aguas convulsionadas. y al fin perece, agotadas las fuerzas tras tan inaudita lucha, a pocas brazas de la casita donde naciera, vista más que entrevista en los estortores de la agonía,

y en presencia de sus mismos deudos, que, desde el muelle, a la vez única calle del pueblo, lamentan, sin poderlo evitar ni siquiera atenuar, aquel cuadro espantoso, tantas veces repetido ante los ancianos, en aquel escenario de la realidad, y tantas veces los jóvenes verán reproducir, con idénticas puntualizaciones, con el mar enfurecido y encapotado el firmamento, cual personajes fantásticos de dantesca decoración, sin más variaciones que las concernientes a que los espectadores de hoy son las presuntas víctimas de las convulsiones oceánicas en un mañana seguro si bien quizás lejano. La herencia



Naufragio del vapor General Chanzy

Situación geográfica del lugar del siniestro

fatal de los fornellenses podrá tardar en producirse; pero difícilmente evitarse. En las mismas costas nativas, padres, hijos, nietos, descendientes, hallan todos ignorada sepultura. Apenas cabe suponer que tal aldea marítima tenga cementerio terrestre. Y, entre tanto, allá, en el fondo del panorama campestre, se levanta perennemente el tan celebrado Monte-Toro, en cuya cumbre existe el santuario donde se guarda una imagen que, si es cierto fué traída a la isla por un obispo procedente del concilio de Trento, diríase ha olvidado ya que en medio de la borrasca arribó a las playas menorquinas y que es en el puerto de

Fornells dónde halló la salvación, tras empeñada lucha del tripulante con las encrespadas olas.



CIUDADELA — HOSPITAL CIVIL

La lectura detallada de tanto y tanto desastre probablemente inclinará el ánimo a suponer que los costaneros de nuestro Peñasco anhelarán dejar un oficio tan azaroso. Algo hay al res

pecto: durante los asaz prolongados días de invierno, cuando la tempestad se cierne sobre la isla y las penurias de la pobreza invaden el hogar, no escasean los costaneros que exteriorizan ansias de retirarse. Pero, ¿dónde irán? Más, mucho más que tripulantes de los faluchos con que salen al mar, lo son de un navío pétreo fondeado en el golfo de León y con cuyos botes pescan, en procura de provisiones de que carecería la dotación a no arriesgarse algunos a tan penosa tarea. Tan imprescindible como el trigo y el *clover* que nos brinda una tierra que es el Bien por excelencia, según la acertada frase de J. Brunhes, el mar es la fuente complementaria de Menorca, que surte, no solamente nuestros manantiales con agua propicia para la alimentación, sino nuestras plazas con pescados y mariscos superabundantes, y que, exportados, contribuyen al bienestar general.

LA ATRACCION DEL MAR

Huir del mar es huir del movimiento, que es vida.

Temeroso de la suya perder, un marinero de Ciudadela, suponemos que en el primer tercio del siglo anterior, abandonó el oficio y se refugió en un convento, probablemente en el de san Francisco, haciéndose *frare llech*, sin preocuparle los temporales antimonásticos o la tea revolucionaria, como decíase a la sazón, que amenazaba la existencia de las comunidades. Ell no se posava amb res ni amb ningú. Per això, no tenia por de res més que de la mar. Com sempre li conservaba un poc de carinyo, solia aná a veurerla per es *Camí de Baix*, per suvora es *Castell*, per sa vorera des *Degolladó*. De vegadas hasta hey solia entrá. Ddespullanse prop de sa *Roca de sa Platja Gran*, entrava dins s'aigo a poc a poc, sense ferse gaire enfora. ¡Quina diferencia amb aquell temps que 's tirava *Des Escalons*, o de *Sas Picas*, i, nadant, nadant, se'n anava a s'altra banda, pujava per sas penyas fins dalt sa *Figuereta*, que es lo mateitx qu'un deixeble qui treu es milló premit, descansava un poc, i

*Sa derrera de san Pera,
Deu mos guard de negá!
Avuy, o demá, hey tornarem, si Ell vol.*

¡Quin coratje tenen ets al-lots quand van a nadar! Pareix raro que no hey haji més desgracias. Ara puc estar tranquil, pensaría es *frare llech*, qui era un homo molt gros, caminant amb s'aigo per ses camas, sense mourarse gaire de sa vorera. Emperò, com quí de la mar fuix, de bades corre, sense que's sapi com va esser ni com no va esser, un día aquell mariné qui se havia fet *frare* per no negarse, va murí aufagat a tai d'aigu dins de sa *Platja Gran*. Lo que ha de succeí, succeeix, dehim ets menorquins, el cap i a la fi de moros descendents.

Día vendrá en que ese episodio, exactamente verídico, adquirirá los contornos de leyenda, atribuyéndosele el carácter de emblema del menorquín que al pretender alejarse del mar por sus aguas es absorbido. Hasta el mismo nombre del marinero trocado en monástico, Salvador, se presta para el comentario: ni apelativo tan significativo preserva de la atracción del líquido abismo ni los claustros de san Francisco puertos seguros son.

Ni el mismo celeberrimo puerto de Mahón, donde millares de navegantes han hallado amparo, exento está de accidentes de la navegación. También allí la narración oral refiere ciertos casos, de los cuales conocemos algunos que con complacencia vemos han sido publicados por don Jaime Ferrer Aledo, quien los recogió de labios del patrón José Llabrés Roig, conocido, vulgarmente, por no poderle faltar el correspondiente apodo, per *Mestre Bèp Redó*, de qui encara mus en recordam un poc.

EN EL PUERTO DE MAHON

Frente al Noray de la ensenada *D'es Riu Plá*, perecieron ahogados, en 1888, dos cabos de mar de la fragata Navarra, que, cumpliendo órdenes superiores, en una noche tormentosa, habían ido a reforzar las amarras del mencionado buque. Los cadáveres fueron encontrados algunos días después por el patrón Cristóbal Mus en el mismo sitio en que zozobró el bote que guiaban. En la *Punta de sa Llosa*, situada en la isleta del Lazareto, se perdió hace algunos años un pailebot perteneciente a don Jaime Huguet, naviero de la localidad. En el punto denominado *Es Mal Homo* zozobró hace algo más de veinticinco años el yate norteamericano Soen, cuyo casco fué comprado por una empresa encabezada por don Francisco León. En el centro del puerto, entre *Es Planet* y la *Punta de ne que feis*, qui es lo mateitx que si diguesim prop des *Bol de s'Estadó*, y a unas dieciséis brazas de fondo, hay una lancha a pique cargada de fusiles con la bayoneta calada. Hace unos sesenta y cinco años que en el lugar denominado *S'Escar* se perdió una polacra con cargamento de algodón, y un lustro más tarde se fué a pique un vapor a la altura de *Sas Calderas*; puntos entrambos situados en la costa Sur y cerca de la entrada del puerto, al igual que *Es Baix des Moro*, donde a mediados del siglo XVIII se fué a pique un yate, clase de embarcación que en el país llamamos *milord*. Pero el caso más curioso acaecido en el puerto de Mahón es uno que data, asimismo, de la mitad de la mencionada centuria. Con fuego a bordo entró un barco, que, al encontrarse cerca de *Es Gallarud*, inmediato al *Bol Nou*, hundióse completamente, salvándose toda la trlpulación y hallándose, todavía, sus restos en aquel lugar. Ese buque entraba navegando por

la costa meridional; mas, al remontar el sitio en la actualidad conocido por *Passeix de santa Agueda*, contiguo a Villacarlos, varió de rumbo, poniendo proa al norte. Entonces, un fraile que en él iba embarcado, apercibiéndose de la maniobra y notando que se alejaban del sitio algo cercano en que él suponía hallar su salvación, temeroso tal vez de morir abrasado, echóse al agua y nadando se dirigió a la orilla, con tan mala suerte, que, en vez de ir bajo dicho paseo, donde hubiera podido saltar con facilidad, fué a parar junto a la cueva que hay en esa costa, la más escarpada de todas. Afortunadamente, el fraile, considerándose perdido, en lugar de rezar en voz baja, con el riesgo consiguiente de no ser oído, empezó a gritar pidiendo socorro, acudiendo en su auxilio unos vecinos de Villacarlos, que lograron salvarle, denominándose, desde entonces, aquella cueva *Sa Cova des Frare*. Deixam aquí aquesta relació, porque sempre es bò acabá amb ets frares.

CONCLUSION

No obstante la interminable serie de naufragios ocurridos en el litoral menorquín, no existen vestigios de que en época alguna hayan existido raqueros, por más que la ocultación de restos arrojados por el mar a las playas fuera frecuente.

En tal sentido, lectores, a la par que irrefutables anales mencionan que incorrecto proceder ocasionó serios trastornos, a raíz del naufragio de poderosa escuadra holandesa, ocurrido por la parte de Mahón y Alayor hacia mediados de la centuria xvii, la malicia popular refiere que no faltan fortunas improvisadas debidas al hallazgo de cadáveres con dinero y que otras han tenido por base el producto de mercaderías aproximadas por las aguas a nuestras orillas, sin que en tales casos los aprovechadores de la desgracia ajena y cómplices de la miseria de lejanos hogares, cumplieran siquiera, pese a ser molt bons cristians, con las disposiciones de nuestros reyes primitivos, que santa gloria hayan, en gracia de haber dispuesto que parte de tal producto se invirtiera en misas en sufragio de las almas de los náufragos, contribuyendo así a la conservación de la nave de la santa madre iglesia mediante la pérdida de vidas y la destrucción de frágiles naves. La iglesia no perdía nada con tal ocultación: ets bons cristians que vivian d'aquesta manera, per fer callar sa veu de sa seua conciencia, feyan testament deixanli colca cosa i diguense que'ets altres hagueran fet lo mateix, anavan a missa i processons, acompanyavan es combragá amb un fanal, perteneixen a dues o tres cofradias i se senyavan qui sap cuántas vegadas nit i dia.

Deu, Nostro Senyó, els hi donava una santa mort.

CATASTROFE DEL VAPOR CHANZY

NO OBSTANTE tantísimos siniestros marítimos como los que en épocas distintas conmovieron el sentimiento menorquín, ninguno ha producido en él sensaciones tan hondas como la catástrofe del poderoso navio francés *General Chanzy*, hundido en la noche del 9 al 10 Febrero de 1910, por circunstancias todavía ignoradas que inducen a incluir tal incidente entre los misterios del mar. El MENORQUIN, revista improvisada



MIGUEL MIR GENER, vicecónsul de Francia en Ciudadela

lejos del rincón nativo, deseoso de dedicar un número especial a tal siniestro, en su décimo aniversario, solicitó de su correspondiente en Monorca, Juan Cursach, detalles con que completar los que que poseemos, debidos a diarios y revistas de la Argentina, España, Francia, Inglaterra e Italia, entre los cuales hállanse las cartas tituladas *D'Alger a Ciudadela*, publicadas por Lvs de Pac en la *Dépêche Algerienne*, que al par que son un epitome de cuantas escenas dolorosas se han producido en torno de la catástrofe, encierra una rápida pero exactísima descripción de la parte central de la isla, que él recorriera, y de algunas modalidades menorquinas.

Con creces cumplió Juancito su cometido, al par que desde Córdoba, y con espontaneidad que agradecemos, el señor F. Mesquida nos remitía una porción de tarjetas postales, para facilitar nuestro cometido. Mas, hete ahí que esa superabundancia de materiales dificulta la obra a que está destinada. La información gráfica requiere la adquisición de mayores pormenores, a la vez que la fotografía de la oficialidad de la escuadrilla francesa enviada a Ciudadela al mando del comandante Eng debiera ampliarse lo suficiente para que resultara una nota gráfica apropiada a tan distinguidos huéspedes, a quienes el infortunio de centenares de sus compatriotas condujo a las inhospitalarias costas de Menorca, donde fueron acogidos por hospitalario vecindario que con ellos compartieron, y comparten, el dolor originado por tan lamentable jornada. Y como la información literaria requiere más notas ilustrativas, confesamos nuestra imprevisión y desistimos de la publicación del número

especial, incluyéndolo en la nómina de las promesas, para nosotros deudas de honor.

En el sitio llamado *Enderrosais*, comprendido en la marina del predio *Torre Vieja*, inmediato a la *Punta Nati* y a seis kilómetros de Ciudadela, donde actualmente se levanta un faro a 42 metros sobre el nivel del mar y de luz visible a veintiséis millas de distancia, aconteció el naufragio de referencia, por causas no suficientemente esclarecidas, pereciendo ciento cincuenta y seis personas entre tripulantes y pasajeros, salvándose solamente uno de éstos, por coincidencia por cierto feliz: el embravecido oleaje le arrojó al interior de cierta cueva, a donde apenas llegaba algo amortiguado y allí permaneció Marcelo Bodez - cuyo es el retrato inserto en la página 121 - durante la madrugada, todo el día siguiente y la noche sucesiva, sufriendo dolores indescriptibles ante el cuadro horroroso que se presentaba a su vista, consistente en los elementos desencadenados y la superficie del mar convulsionada, flotando en confuso tropel restos del vapor *General Chanzy*, entre los que sobrenadaban diversos cadáveres, mutilados no pocos al ser arrojados una y otra vez contra los peñascos.

Al amanecer del día 11, Bodez pudo alcanzar lo alto del acantilado, con las fuerzas casi agotadas, desde que durante horas tan penosas sólo pudo alimentarse con trozos de provisión que el oleaje arrojaba dentro de la cueva. Orientándose con el canto de un gallo, semidesnudo, andando descalzo, con los pies ensangrentados, un trecho de dos kilómetros entre breñas puntiagudas, aquel joven dotado de carácter intrépido, llegó a la casa predial de *Son Escudero*, perteneciente a don Juan Sintés, donde le atendió, con la proverbial hospitalidad de la payesía menorquina, el aparcerero JOSÉ COLL ALLÉS, quien en la actualidad es payés de *Es Barrancó*, en el término de Ferrerías.

Repuesto algún tanto y cubierto con el único traje dominguero que tenía el labrador, Bodez obsequió a éste con una moneda de escaso valor, por la cual pocos días después quiso darle regular cantidad uno de los diferentes corresponsales extranjeros que le visitaron, sin él quererse desprender de aquel emblema de su generosidad.

Seguidamente, el sobreviviente del *General Chanzy*, que recurría a las señas para darse a comprender, cogiendo un trozo de carbón diseñó en blanqueada pared un vapor en actitud de naufragar y sin más tardanza con el coche de *Son Escudero* era conducido Marcelo Bodez a la ciudad, distante unos cuatro kilómetros. Desconocedor de lo concerniente a trámites, el campesino presentó á Bodez en el registro civil, donde tan fúnebres diligencias se efectuarían después, relacionadas con los compañeros de viaje cuyos cuerpos pudiéranse disputar al mar para darles sepultura, ora en su patria, ora en el cementerio local. El juez municipal suplente, don Magin Bonet Sancho, a cargo interinamente de la oficina respectiva, telefonó urgentemente al vicecónsul de Francia, don Miguel Mir Genet, quien se trasladó al juzgado sin pérdida de tiempo. Enterado por Bodez de lo ocurrido, el representante de Francia, que en tal ocasión conquistara plácemes y una condecoración honorífica, dispuso que el sobreviviente se internara en el Hospital Civil, donde le atendieron los médicos Joaquín y Nicolás Comella y Manuel Salord, recibiendo poco después la visita asaz enternecedora de los naufragos de la goleta francesa *Marcial*, estrellada pocos días antes cerca de la playa del *Pilar*, no lejos de la siniestra *Punta Nati*, de cuyo capitán, Juan Frau, ha de permitirsenos hacer mención especial, en retribución a un rasgo suyo merecedor de ser perpetuado: en señal de agradecimiento hacia el señor Mir, a Juan Torres y sus compañeros de *Juventud Republicana*, a cuantos conterráneos nuestros, en suma, contribuyeron a hacer relativamente pasable su permanencia en Ciudadela,

en junio de 1911 el capitán Frau se presentó frente a nuestro puerto, a bordo de su nuevo buque *Genoviére*, completamente empavesado, enarbolando la bandera francesa, preciado emblema tan grato a los menorquines, bajo cuyo amparo tantos se han ganado la subsistencia y formado nuevos hogares lejos de aquel en que se meciera su cuna. Y saltando en tierra, el apreciable marino y cumplido caballero visita a sus amigos, reiterándoles sincero reconocimiento.

Redoblando su actividad, el señor Mir comunica la triste nueva a la casa armadora y a su sucursal en Argel, visita el lugar del siniestro y a su regreso empieza a recibir telegramas que en veinticuatro horas alcanzan al número de 197, pidiendo noticias de seres desgraciadamente desaparecidos, teniendo que contestar confirmando la desagradable noticia. No podía materialmente dar abasto a su trabajo. Tan pronto tenía que contestar o hacer visitas a las autoridades locales, que se portaron excelentemente, como pasar al cementerio católico para identificar cadáveres, cooperando a tal cometido, en cuanto era dable, la esposa del señor Mir, distinguida dama francesa a quien EL MENORQUIN presenta sus respetos.

Ante tamaña catástrofe el gobierno español envió sin demora a Ciudadela a los torpederos *Temerario* y *Terror*; la Compañie Transatlantique, propietaria del buque naufragado, al vapor *Calvados*, con el jefe de armamentos Mr. Gaude, llegando de Palma los vapores *Bellver* y *Balear*. Con los elementos así reunidos se verificaron tentativas para recuperar los cadáveres que se veían desde tierra, produciendo honda impresión en los espectadores el de una mujer que sostenía en brazos a tierna criatura, ¡Mater dolorosa!

Lo dificultoso de tan humanitarios propósitos, a causa de estar el mar agitado por persistir el embate, hacia que se aguardara con creciente ansia la llegada de la escuadrilla de contratorpederos del Mediterráneo, salida de Cannes para el lugar del siniestro, y que, compuesta por las embarcaciones denominadas *Cognée*, *Carabine*, *Carquois*, *Gabión* y *Sobre-tache*, enarbolando en la primera la insignia del comandante Eng, arribó a nuestro puerto tras penosísima travesía. Provistos de mayores medios, sus tripulaciones, con asaz ardua tarea efectuada entre los peligros de una costa brava y un mar constantemente convulsionado, recogieron veinticinco cadáveres, entre los cuales el del capitán del *Chanzy*, Mr. Bruno Cayol, y el del caballero argentino, nativo de Dolores, don Eduardo Bolondo, de la casa Petit, Seré, de Montevideo, de la Compañía General de Fósforos de Buenos Aires y consocio del señor Lavigne. El cuerpo del señor Bolondo, encontrado a los seis días del naufragio, fué transportado de Ciudadela a Marsella a bordo del *Carabine*, desde donde lo trasladaron a París, en cuyo cementerio de la Cluny recibiera sepultura.

De regreso a Marsella desde el canal de Suez, los señores Julio C. Roux y Pellerin de Latouche, presidente del consejo y administrador de la Transatlantique, respectivamente, escucharon, en el muelle, oh lector, de labios del agente general monsieur Rossi, los detalles principales del siniestro, resolviendo salir inmediatamente para Ciudadela, embarcando en el *Ville d'Alger*, que, en viaje al puerto de su nombre, los condujo al de Mahón, trasladándose, por tierra, a la antigua capital menorquina; donde fueron amablemente acogidos por las autoridades locales y el vecindario; que con tan deplorable oportunidad pusieron una vez más de relieve la cultura insular y la elevación de sus sentimientos.

Numerosas son las escenas de dolor que podríamos describir, ocurridas en Marsella, de cuyo puerto procedía la nave y donde radicaban las familias de los tripulantes; en Argel, punto de destino y residencia habitual o transitoria de la mayoría de los pasajeros; en París, en diferentes

localidades de Francia, entre ellas la referente a Victor Durupt, el abuelo materno de Marcelo Bodez, domiciliado en Novsi-le-Sec, quien, después de agitada peregrinación, averiguó que entre tantísimos deudos sumidos en el desconsuelo, él pertenecía a la única familia que podía regocijarse: *Son Marcel vit; son Marcel n'est pas noyé!*... Mas, prescindamos de ellas, como prescindimos, asimismo, del triste cuadro ofrecido en Ciudadela por centenares de personas extranjeras de diversas clases sociales, deseosas de identificar los restos de los suyos, desde que la pérdida era irreparable.

Podríamos ocuparnos del loable proceder de las autoridades locales y de la imponente manifestación de duelo realizada por el vecindario, a iniciativa del centro de unión republicana, conmovedor homenaje tributado a la dolorida democracia francesa. Quede ello para otra oportunidad o para mentes dotadas de mejor inspiración. Y nosotros, compasivo leyente, en alas del pensamiento, trasladémonos al cementerio de Ciudadela, con el humanitario propósito de colocar, contiguo al monumento erigido sobre el sepulcro que guarda despojos de varios náufragos del *General Chanzy* simbólico ramo de siemprevivas, por lágrimas de ternura humedecido.

CATASTROFE DEL GENERAL CHANZY



CEMENTERIO DE CIUDADELA

Monumento a la memoria de los náufragos